

impide al autor completar su investigación con las aportaciones de teólogos bizantinos más tardíos –como Gregorio Palamas (†1359) y otros– cuya aportación supuso un eslabón valioso en la inteligencia de las *energeias* divinas.

Junto a una introducción y una breve conclusión, el libro se estructura en cuatro capítulos que el autor titula así: «la teología de la energía en el Cristianismo antiguo y medieval» (cap. 1), «el despliegue de la energía en la liturgia» (cap. 2), «el Cristo energético» (cap. 3) y, por último, «realidad viva y energía divina» (cap. 4). La editorial *Cerf* ha invertido una solicitud especial en presentar reunidas –en la parte media del volumen– treinta y dos ilustraciones de buena calidad a las que el autor se va refiriendo pormenorizadamente a lo largo de su exposición. Para el lector, la inspección de esas ilustraciones es obligada, si desea comprender las explicaciones de Palazzo cuando refiere los efectos artísticos presentes en las miniaturas de los libros litúrgicos. El cuerpo de notas aparece reunido al final del volumen.

Energía, cosmología y teología son las claves para comprender el concepto de

energía en el Cristianismo antiguo y medieval. Para ilustrar la armónica concatenación de esas tres categorías en la construcción de la teología cristiana, el autor analiza en detalle el que –en su opinión– es uno de los textos más célebres del Medievo occidental: el *De consecratione* de Suger (†1151), abad de Saint-Denis en el siglo XII. A Palazzo le interesa subrayar que, más allá de los efectos sacramentales, sociales y políticos, con los que la Iglesia participaba –por medio de sus ritos– en la construcción de la sociedad medieval, la liturgia tiene como función sacralizar y poetizar el dinamismo energético que proviene de Dios y Él transmite al hombre.

Aspectos como el que acabamos de mencionar revelan que éstas son páginas nada convencionales que, como efecto de los horizontes –teológicos y estéticos– que despejan, ayudan a pensar y comprender –desde bases originales– los modos en los que Dios transmite su energía para permitir que el bautizado recorra su camino y alcance la contemplación de la vida escatológica a la que está llamado.

Félix María AROCENA
Universidad de Navarra

Michela Beatrice FERRI (a cura di)

Il pensiero estetico di Paolo VI, verità e bellezza nell'azione pastorale dell'arcivescovo Montini, poi papa Paolo VI, dentro la realtà del mondo e della Chiesa

Tab edizioni, Roma 2020, 240 pp.

En los últimos años el interés por las cuestiones de estética teológica ha crecido continuamente, por ello es laudable recordar el importante papel que en sus inicios durante el siglo XX desempeñó el papa san Pablo VI, quien durante toda su vida mostró gran interés por las cuestiones artísticas relacionadas con la fe. El presente libro ha sido

preparado por Michela Beatrice Ferri, profesora de estética del arte sacro y de iconografía cristiana en Holy Apostles College & Seminary (Connecticut, USA), y ella misma se ocupa de la Introducción, que resulta ser el artículo más largo de todos los reunidos, pues varios rondan en torno a la decena de páginas, y así ya desde el princi-

pio se presentan las principales cuestiones que nos vamos a encontrar en el resto. En conjunto, se reúne una docena de trabajos sobre esta materia de estética y religión, donde queda patente el papel singular que le dio a su labor pastoral Pablo VI, sobre todo como arzobispo de Milán, primero, y como sumo pontífice, después.

Los primeros textos abordan cuestiones más generales sobre las intervenciones de Pablo VI en el campo del arte contemporáneo y coinciden en bastantes puntos que vemos repetirse. Por ejemplo, el interés permanente que mantuvo el papa santo desde su juventud sobre estas cuestiones, al notar el desinterés de los artistas por las representaciones religiosas, que con tanto fruto en siglos anteriores habían ido de la mano en la historia de la Iglesia. En particular, un artículo detalla los dos escritos primeros en que abordó el tema: uno de 1929, centrado en la escuela de Beuron; y otro de 1931, con sus ideas sobre el arte sacro futuro. Entonces, el joven Montini todavía establecía algunas condiciones que deberían respetar los artistas, con el paso del tiempo el futuro papa insistiría más en la libertad que se les debe permitir, siempre que se mantuviera una sintonía con la espiritualidad cristiana.

En varios lugares se hace referencia a las influencias presentes en su pensamiento sobre el arte, así como coinciden en señalar sus fuentes de inspiración tomista sobre la belleza, recibidas a través de J. Maritain y E. Gilson. También se coincide en señalar la ayuda que contó para sus proyectos en su secretario P. Macchi; o cómo buscó la relación personal con los artistas con una invitación que no era solo de diálogo, sino también de amistad. En este sentido de sintonía con los creadores, incluso llegó a expresar su idea de que el artista tenía una función mediadora como el sacerdote, no en un sentido sacramental, sino en su labor

de hacer visible lo invisible. En este sentido, se destaca la necesaria distinción entre arte religioso en general y arte sacro, más específico y que corresponde al arte que sirve a la liturgia, donde es importante que sirva al fin para el que ha sido concebido.

Un periodo destacado en que pudo poner por obra sus ideas e inquietudes sobre la materia corresponde a los años en que fue arzobispo de Milán, ya que le correspondió atender a la construcción de nuevas parroquias, más de un centenar, en una ciudad en expansión y donde contó con la colaboración del ingeniero Enrico Mattei y de destacados artistas. Esa relación personal que mantuvo se reflejó también en su participación en la iniciativa impulsada en su diócesis milanesa de la «Galeria de Arte Sacra dei Contemporanei», realizada como obra social y de catequesis, inaugurada en 1955, que era una obra de apostolado de la Compañía de San Pablo.

Otro punto en que varios artículos se muestran concordes se encuentra cuando señalan los textos principales en que san Pablo VI expuso sus opiniones al respecto y que más difusión han alcanzado. Los más destacados corresponden a su etapa al frente de la Iglesia, pues allí encontramos: su homilía en la misa a los artistas en la capilla Sixtina, el 7 de mayo de 1964, solemnidad de la Ascensión; el mensaje a los artistas en la clausura del concilio Vaticano II, el 8 de diciembre de 1965; y su discurso con ocasión de la inauguración de la Colección de Arte Religiosa Moderna (actualmente se denomina Contemporánea) en los Museos vaticanos, el 23 de junio de 1974. A él mismo correspondía la iniciativa y el esfuerzo para formarla. Lo que explica que tras su muerte se realizase la muestra «Pablo VI, el papa de los artistas», en el Museo de Roma, situado en el palacio Braschi. Y, en su contenido, puede notarse el origen recurrente de su preocupación al pensar en el distan-

ciamiento entre los artistas y la Iglesia, desde que las luces de la modernidad llevaron al mundo por el camino del secularismo, por ello busca entrar en diálogo y les propone establecer un pacto que termine con esa situación.

Por otra parte, hacia el final, algunos estudios son bastante concretos y van ilustrados con fotos, como el testimonio prestado por la hija de Borlini, quien realizó un retrato del papa; el dedicado a la tiara del papa, realizado por la escuela Beato Angelico y que estrenó para su coronación; o la entrevista a Pepi Merisio, que le acompañó y sirvió como fotógrafo.

En conjunto, es un libro de gran interés para todos los interesados en las cuestiones de estética teológica, ya que puede verse el

desempeño de una persona singular, que alcanzó el puesto más alto en el seno de la Iglesia, en su realización material, ya que no solo expuso sus opiniones, sino que tuvo ocasión de ejecutar realizaciones concretas, como en la edificación de iglesias en Milán o la creación de una nueva galería en los Museos Vaticanos. Se puede apreciar que desde sus comienzos pastorales se vio animado por su convencimiento de la capacidad evangelizadora de la «via pulchritudinis» y, al mismo tiempo, para que pudiera hacerse, de la necesidad de incorporar a los artistas contemporáneos en la tarea evangelizadora que se reconoce en el arte cuando responde a su auténtica naturaleza.

Román SOL
Universidad de Navarra

Román GUBERN

Un cinéfilo en el Vaticano

Anagrama, Barcelona 2020, 122 pp.

En 1995, se celebró en todo el mundo el centenario del nacimiento del cine y, en el Vaticano, no se quiso permanecer ajeno a semejante evento. En aquel tiempo dirigía la Filmoteca Vaticana el jesuita Enrique Planas, que había conocido en un congreso cinematográfico en La Habana a Román Gubern y, aprovechando que en 1994 había sido nombrado primer director del naciente Instituto Cervantes en Roma, le propuso formar parte de la comisión que se había creado en el Vaticano para celebrar ese centenario.

Los títulos que avalaban al autor del libro para esa elección son numerosos ya que es un notorio especialista de la historia del cine, de los medios audiovisuales y de la cultura de masas, pues durante años fue

catedrático de comunicación audiovisual de la Facultad de Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona, y tiene muchas publicaciones sobre la materia.

En este libro nos cuenta cuál fue su participación en esa comisión, junto a otros temas de interés relacionados. Por ejemplo, nos habla de las primeras filmaciones que se realizaron sobre la vida de Jesús, desde los mismos comienzos del cine, como ya lo hicieron los hermanos Lumière, produciendo en 1898 una serie de trece episodios breves sobre la vida y la pasión de Jesucristo. En particular, sobre estos inicios, destaca que estas versiones del evangelio supusieron un hito en la historia del cine, pues se dio el paso del plano fijo a la narración